

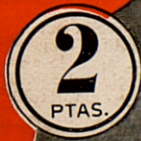
3) *Una vida, UNA NOVELA*

JAMES STEWART

*El típico muchacho
norteamericano,
ingenuo y
simpático.*

—*—
*UN GRAN AMOR
IMPOSIBLE
DESDE SU
JUVENTUD*

—*—
*Solterón
hasta los 40 años.
Se casa al fin.*





¡De próxima aparición!

BETTY HUTTON.-Dinámica, emprendedora, con una desbordante vitalidad. La estrella de los innumerables idilios desconcierta a la prensa con sus inesperados anuncios de noviazgo, que luego se rompen con la misma rapidez sin que nadie pueda explicarse la causa. Su fracaso en la televisión estuvo a punto de hacerle abandonar su carrera artística.

¡Están a la venta!

INGRID BERGMAN.-La actriz sueca que triunfó en los Estados Unidos y vivió en Italia un amor tan intenso que la hizo romper con todo su pasado, debiendo renunciar incluso a su hija. A pesar de la felicidad que cree haber encontrado, siempre llevará clavada en el pecho la frase de la niña: «Me gusta mi mamá, pero no la quiero».



RAF VALLONE.-Abogado, filósofo, futbolista de primera, periodista crítico teatral, y por fin actor cinematográfico. Hasta los treinta años no trabajó ante una cámara. Poco antes de venir a España para rodar «Los ojos dejan huellas» contrajo matrimonio con la bella actriz Elena Varzi. En su juventud fue un muchacho estudioso y deportivo; en la actualidad, puede considerársele como uno de los actores más cultos y completos.

UNA VIDA, UNA NOVELA

JAMES STEWART

- ♦ No quiso seguir la profesión que le imponía la tradición familiar.
- ♦ Amaba la escena, pero no confiaba mucho en sí mismo como actor.
- ♦ Durante la Segunda Guerra Mundial alcanzó el grado de coronel de aviación.

Volumen n.º 31
de la Colección de Biografías
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

VOLUMENES PUBLICADOS

- | | |
|-----------------------|----------------------|
| 1. MARLON BRANDO | 17. VAN JOHNSON |
| 2. JOHN WAYNE | 18. AVA GARDNER |
| 3. HEDY LAMARR | 19. ALAN LADD |
| 4. ERROL FLYNN | 20. SUSAN HAYWARD |
| 5. MONTGOMERY CLIFT | 21. ROBERT TAYLOR |
| 6. MARILYN MONROE | 22. RITA HAYWORTH |
| 7. GARY COOPER | 23. TYRONE POWER |
| 8. ELIZABETH TAYLOR | 24. JUDY GARLAND |
| 9. ROCK HUDSON | 25. KIRK DUUGLAS |
| 10. GINA LOLLOBRIGIDA | 26. AUDREY HEPBURN |
| 11. CLARK GABLE | 27. VITTORIO GASSMAN |
| 12. LESLIE CARON | 28. JOAN CRAWFORD |
| 13. GREGORY PECK | 29. RAF VALLONE |
| 14. GRACE KELLY | 30. INGRID BERGMAN |
| 15. FRANK SINATRA | 31. JAMES STEWART |
| 16. SILVANA MANGANO | 32. BETTY HUTTON |

¡PIDALOS EN SU KIOSCO!

(De no hallar el título que le interese, solicítelo a esta Editorial enviando el importe en sellos de Correos).

Derechos reservados Copyright by Ediciones Cinematográficas, Spain

EDICIONES CINEMATOGRAFICAS

BONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

LA ferretería de Alexander Stewart era la tienda mejor surtida y de más clientela de todo Pasadena. Fundada por el padre de Alexander en 1853, en lo que entonces era un suburbio de la ciudad, había ido adquiriendo con los años, los esfuerzos y la simpatía personal de padre e hijo, una gran popularidad. A las gentes les gustaba comprar allí porque, además de hallar siempre lo que necesitaban, sabían que iban a pasar un rato divertido oyendo al viejo Stewart, hombre pintoresco, que había vivido lo suyo y que siempre tenía un chiste o una anécdota sabrosa que contar. Cuando el viejo murió, su hijo, Alexander, que había heredado la simpatía y la laboriosidad de su padre, luchó por conservar la clientela y ampliar el negocio. Lo consiguió, favorecido además por el ensanche de la ciudad, que al extenderse dejó situada en el mismo centro la pequeña tiendecita.

Alexander era feliz. Su negocio prosperaba, su mujer aguardaba el primer hijo y todo parecía sonreírle en aquella primavera de 1908. Un día en que Mary, su esposa, estaba como de costumbre desempeñando sus funciones de cajera en la tienda, se sintió repentinamente indispuesta. Alarmado, Alexander llamó inmediatamente al médico que apenas la reconoció, le aconsejó que ingresara en el hospital.

—Pero, doctor... Si no es todavía el tiempo... balbuceó, azorado, Alexander.

—Eso lo dirá usted, amigo Alexander... Pero yo le aseguro que el chiquillo no tardará arriba de dos horas en venir al mundo.

Así fue, en efecto. Aquel 20 de mayo de 1908, a las cinco de la tarde, sin causar apenas molestias, tímidamente, hacía su entrada en el mundo un chiquillo flacucho y extraordinariamente largo. Era un varón, un varoncito que llenó de orgullo a su padre y al que pusieron de nombre James. La casta de los Stewart estaba asegurada; la tienda ya tenía sucesor. Alexander, como todos los padres en tales circunstancias, empezó a hacer planes para el futuro de su hijo.

—Quiero que el niño estudie la carrera de comercio, Mary, que adquiriera los conocimientos que nos faltaron a mi padre y a mí. Ya sé que vas a decirme que no nos han hecho demasiada falta para salir adelante... Pero ahora los tiempos son distintos, muy distintos... Y yo quiero que el negocio siga prosperando. Estoy seguro de que si mi padre pudiera ver lo que he conseguido, hacer de la humilde tiendecita que él fundara, se sentiría orgulloso de mí. Pues bien: yo también quiero sentirme orgulloso de mi hijo algún día. Con sus estudios y mi experiencia, si vivo para entonces, el pequeño y yo podremos hacer grandes cosas en la vida... Quién sabe si fundar una red de ferreterías en todo el país... No es mala idea, ¿verdad, querida?

Mary sonrió y, como siempre, aprobó lo que sugería su esposo. Tenía gran confianza en él y estaba segura de que lo que Alexander dispusiera para su hijo, sería, indudablemente, lo mejor.

El pequeño Jimmy era un chiquillo desmesu-

radamente alto para su edad y tan flaco que parecía una pértiga. Era de carácter tímido y de una ingenuidad tal vez excesiva. Parecía andar siempre un poco desorientado por la vida. No sabía a ciencia cierta lo que deseaba. De una sola cosa estaba seguro: el porvenir en la tienda de su padre no le entusiasmaba. Muy pronto, quizá demasiado pronto, empezó a demostrar más afición a otras cosas que a la tarea de vender clavos y cerraduras. La aviación, sobre todo, le fascinaba; cada vez que veía volar un avión por encima de su casa se decía a sí mismo: «Cuando sea mayor, yo también tendré mi propia avioneta y cruzaré el cielo siempre más alto, más alto...» A los catorce años por poco se rompe la cabeza, intentando volar en una especie de aeroplano construido por él con trozos de madera. Esta primera experiencia de vuelo mitigó un poco su entusiasmo. Durante la convalecencia, sintió despertarse en él la afición por el teatro y la música. Apenas repuesto, montó en los sótanos de su casa un pequeño tablado y junto con otros muchachos de su edad, compañeros de colegio, dio una serie de representaciones a las que asistió todo el barrio. Por un momento, pareció que aquél debía ser el verdadero camino a seguir: Pero pronto su propia insatisfacción le llevó a desear estudiar la carrera de técnico electricista. Se matriculó en la Universidad de Princetown y obtuvo su título en ese ramo. Pero aún no había salido de la Universidad, cuando se dio cuenta de que había emprendido una ruta falsa y decidió cambiar de profesión. Estudió Ciencias Políticas. Fracasó. Y nuevamente inició otros estudios. Esta vez fue la arquitectura

lo que tentó al indeciso Jimmy. Su padre observaba todos estos cambios alarmado.

—No comprendo lo que le ocurre a Jimmy, querida—dijo un día a su esposa—. Ni comprendo a quién puede haber salido este hijo mío. Es indeciso, torpe, no sabe lo que quiere y parece estar siempre en las nubes. Sólo una cosa es cierta: no puede sufrir la tienda ni nada de cuanto se relaciona con el negocio. También es desgracia la mía... Un único hijo... y que aborrezca el negocio... Este negocio que ha sido y es toda mi vida...

—No creo que debamos preocuparnos demasiado... todavía, Alexander—repuso la madre—. Jimmy es muy joven aún; ese no saber lo que se desea hacer en la vida, es propio de la edad. Además, si realmente el muchacho no siente afición por el negocio, creo... creo... que no debemos imponérselo... Ya sé que tú siempre habías pensado que tu hijo trabajara contigo... Pero hazte cargo; no podemos obligar a nuestros hijos a ser lo que nosotros queremos que sean... Ellos tienen derecho a elegir. Al fin y al cabo, se trata de su propia vida...

—Sí, Mary, ya sé que tiene razón... Pero yo me había hecho tantas ilusiones con este chico; quería que mi hijo fuese la continuación de mí mismo... Si por lo menos yo viera en él una vocación firme por... ¡qué sé yo!... por algo, lo que fuera... Pero estos titubeos, este pasar de una cosa a otra... Tan pronto quiere ser actor—¡imagínate, mi hijo... cómico!—como técnico electricista, como aviador... Y ahora este nuevo capricho de estudiar para arquitecto... ¿Tú crees que

esto tiene pies ni cabeza? ¿Crees que conduce a algo este gastar dinero sin ton ni son? A la edad que tiene, ya debería haber elegido una profesión, fuera la que fuese...

—Ten paciencia. Deja que el chico decida por sí mismo. Tal vez la arquitectura sea su verdadera vocación...

Sólo gracias a la intervención de su madre, pudo Jimmy iniciar sus estudios de arquitecto. Durante un año estudió intensamente, alternando las clases con las representaciones teatrales en el «Club Dramático» de la Universidad. Transcurrido el primer año, sin embargo, Jimmy empezó a ocuparse más de su trabajo en las tablas que de las lecciones de los catedráticos. Los ensayos, la lectura de las nuevas obras, la elección de los actores, ocuparon todo su tiempo. Con una pasión y una tenacidad que no había demostrado hasta entonces, Jimmy se entregó al arte teatral por entero. Descuidó totalmente sus estudios y un buen día, su profesor envió una nota a su padre, notificándole lo que ocurría.

Alexander perdió los estribos. Se encerró con su hijo en la trastienda, y encarándose con él le lanzó la reprimenda más seria de toda su vida.

—Pero, vamos a ver, muchacho: ¿crees que tu padre puede gastar el dinero así como así, a capricho de tus excentricidades? Me ha costado mucho esfuerzo lograr la posición que tenemos. Mi vida no ha sido precisamente fácil y no estoy dispuesto a que mi hijo malgaste lo que yo he ganado con el sudor de mi frente. De modo que se acabaron los estudios, no volverás a la Universi-

dad. Mañana mismo empezarás a trabajar en la tienda como es tu deber.

—¡Pero, papá! —protestó Jimmy—. La tienda... el negocio... no me gustan...

—Te gusten o no seguirás la tradición de los Stewart siendo comerciante.

—Pero, déjame que te explique, papá —añadió todavía Jimmy, con aquella especie de tartamudez innata en él que le impedía articular de una sola vez las palabras—. Yo quisiera... Lo he pensado mucho, ¿sabes?... Ahora es de verdad... Creo... creo que quiero ser actor... Sí, eso es lo que más deseo en este momento...

—¿Actor? Supongo que bromeas, hijo... ¡Tú, actor! Pero si no reúnes ninguna condición...

—No bromeo, papá... Esta vez no. El teatro me apasiona... Es la primera vez que me siento seguro de algo...

—Pues también es la primera vez que digo «no» a un capricho tuyo... —repuso Alexander en el colmo de la irritación—. Trabajarás en la tienda conmigo.

* * *

Esta vez no le valió de nada a Jimmy la intervención de su madre. Alexander se mostró inflexible y a las nueve de la mañana del día siguiente el muchacho tuvo que encerrarse en la tienda. Aquel primer día fue agotador para Jimmy. Las horas transcurrían lentamente, monótonamente... Las gentes entraban, salían, pedían cosas que no sabía dónde estaban, charlaban, bromeaban... y él se sentía profundamente desdichado... Aborre-

cía aquella vida y no podía comprender que para su padre no hubiera otros horizontes que el mostrador. Cuando al fin despachó la última docena de clavos que le pidió un cliente, Jimmy se lanzó a la calle. Necesitaba respirar, pensar, hallar el medio de escapar a todo aquello... Paseó durante mucho tiempo por las calles de la ciudad. Tenía ahora veintiún años, la cabeza llena de sueños y los caminos hacia la posibilidad de realizarlos, cerrados por todas partes. No despreciaba en modo alguno la profesión de sus mayores. Ser comerciante no era nada deshonesto, ni siquiera podía considerarlo vulgar, pero ¡era tan aburrido! Temblaba a la idea de pasar los meses, los años, sin otra perspectiva, sin otros horizontes. Una frase de la reprimenda de su padre le atormentaba sobre todo: «¿Tú, actor? Pero si no reúnes ninguna condición... hijo mío». Por mucho que le doliera, James tenía que reconocer que en esto no le faltaba razón al honrado ferretero. Después de dar vueltas y vueltas por las calles de la ciudad, regresó a su casa, corrió a su habitación, cerró la puerta y se plantó frente al espejo.

En verdad, Alexander Stewart tenía razón. El orgullo paternal no le cegaba. James veía reflejada en el espejo la figura de un mozo larguirucho, ahilado, que incluso representaba menos edad de la que tenía y podía muy bien pasar por uno de esos adolescentes crecidos prematuramente a los que se les quedan cortos todos los pantalones y todas las mangas. Un conjunto de figura desgarbada, sin gracia ni armonía en los movimientos, y, como remate, una cabeza excesi-

vamente pequeña, un rostro de facciones insignificantes, más bien irregulares, pero inexpresivas y unos ojillos claros y pequeños. No, no; ninguna condición física para las tablas; ningún poder expresivo ni atisbo de personalidad relevante, arrolladora. Porque esto de poseer una personalidad arrolladora era el supremo anhelo del aspirante a actor. En cuanto a las cualidades interpretativas, el joven James no podía por aquella época verlas todavía, ni comprender lo que llevaba dentro.

Así, durante algún tiempo, se plegó a la disciplina de la tienda e incluso consiguió hacerse simpático a la clientela. Era frecuente oír murmurar a los clientes, sobre todo, a las clientes.

—Este chico de los Stewart no deja de ser simpático... Claro que nunca tendrá el atractivo de su padre... —decía una.

—¡Ni el de su abuelo! —interrumpía otra de más edad.

—Pues agradable, sí es —saltaba la más joven—. A veces parece que está algo alelado, como si soñara despierto... Quizá sea tímido... Pero es atractivo... ¡ya lo creo! Tiene un no sé qué...

Era la *vox populi* la que hablaba, en la que bien analizada, podríamos encontrar muchos elementos de presagio o adivinación del futuro. Pues ese *no sé qué*, que le encontraba la joven compradora, habían de encontrárselo, andando el tiempo, todas las espectadoras del mundo.

Pero esto, por entonces, no lo sabía nadie. Ni las clientes de la ferretería ni los padres de James, ya convencidos de que el joven se avenía a razones y estaba dispuesto a continuar en el negocio familiar; ni el propio James, en fin, que desahogaba su

afición a las tablas asistiendo a cuantas representaciones de dramas, comedias o revistas se le ofrecían en su ciudad natal. En la intimidad, recitaba poesías, se iniciaba en el aprendizaje del acordeón, instrumento que, en adelante, había de ser uno de sus «hobbies», o si quiere, una de sus aficiones preferidas. No olvidaba el teatro, ni la danza, ni la música, ni los deportes, ni ninguna de aquellas cosas que constituían su ideal y que le ayudaban a soportar, resignadamente, aquella vida monótona y disciplinada.

Este esfuerzo de su parte bien merecía, naturalmente, unas bellas vacaciones. Unas vacaciones en la costa, al lado del mar, que si no es siempre donde mejor se vive, es, por lo menos, donde mejor se sueña.

—Sí, hombre, sí. Vete a la costa; nada, baila, diviértete... y no tengas prisa en volver —le dijo su padre un día de verano—. Por dinero no te preocupes, que bien te lo has ganado. ¡Al fin y al cabo eres un Stewart! Y los Stewart no estamos en la calle. Como digo una cosa, digo otra: si alguien tiene derecho a unas vacaciones espléndidas... ese alguien es mi hijo...

Jimmy no se lo hizo repetir dos veces. Fueron realmente unas vacaciones maravillosas... y decisivas para la carrera del muchacho. Corría el verano de 1929. Era el momento de la euforia de los «felices veinte», como suele decirse, y la costa rebosaba de atractivos, diversiones, espectáculos, personalidades relevantes del teatro y la pantalla que filmaban, rodaban, representaban, o simplemente bailaban, jugaban y se divertían. Los primeros días, la timidez natural de James paralizó un

poco su ímpetu juvenil, su anhelo de vivir y disfrutar. Mas, poco a poco, el ambiente pudo más que él y su natural simpatía, ese *no sé qué* que por encima de todas las timideces le hacían atractivo a pesar suyo, le llevaron a trabar amistad con gentes mundanas, animadas, algunas ya famosas en el mundo del espectáculo.

Entre éstas se contaban Henry Fonda y Margaret Sullavan, que en aquel momento se hallaban montando un espectáculo teatral. Pronto sintieron sincera amistad hacia el joven Stewart, quien no les ocultó ni su condición de tendero, hijo de tenderos, ni sus aspiraciones y ensueños de admirador de las artes interpretativas e incluso —en sus sueños, claro está— de aspirante a actor de teatro, de la pantalla y hasta del circo, si encontrara la ocasión propicia.

—Con esta facha mía tan desgarrada y mis escasas condiciones físicas para lucirme en un escenario —solía decir a sus nuevos amigos, acordándose de su padre y... del espejo—, ¿a qué otra cosa puedo aspirar si no es a ser un payaso... o mejor, un «tonto de circo»?

Ellos se reían mucho y veían en James una ingenuidad poco común... bajo la que no dejaba de haber un *no sé qué*... Pero en el caso del propio Jimmy, el *no sé qué* de aquel instante era mucho más serio, más profundo. Sentíase presa de su primer amor. Margaret le había fascinado desde el primer momento, pero, ¿cómo atreverse a mirar cara a cara a una estrella, sin peligro de cegar? Sus pocos años, su timidez natural, la vulgaridad y la modestia de su verdadera posición en el mundo, le impedían expresar sus sentimientos. No ha-

blaba, pues no había nada que pudiera revelar su pasión cada día creciente... Pero tampoco daba por terminadas sus vacaciones ni aun cuando se terminó el dinero concedido para ellas por Alexander Stewart. Lo prudente era volver a Pasadena... Pero James no quería volver. Sus amigos le veían preocupado y no acertaban a comprender lo que le pasaba. Al fin, Henry logró arrancarle un conato de confesión.

—Hace largos días que tendría que haber regresado a Pasadena, a la tienda, ¿sabes? Mis padres son muy buenos: no merecen esto... Pero a mí me es imposible. Después de conocer la verdadera vida, esta vida que he llevado con vosotros, aquello me causa horror...

—Bueno, muchacho —respondió Henry—. No vayas a creer que la existencia del artista se desliza por camino de rosas. Seguramente será más tranquila y apacible la del ferretero...

—No es tranquilidad ni comodidad lo que yo deseo... Con gusto me cambiaría, te lo aseguro, por el último de vuestros tramoyistas. ¡Si al menos sirviera para payaso!

Todo concluyó en que James no regresó, por entonces, a Pasadena. Procuró arreglar las cosas con sus padres mediante cartas «que partían el corazón» (fue la opinión de algunas clientes de la ferretería, a quien la señora Stewart las dio a leer confidencialmente), hablando de su «vocación irrefrenable», de su «pasión artística», etc., y que, en fin, aceptó un modesto papel que le ofrecieron sus amigos en el espectáculo que había de estrenarse pocos días después.

—Al menos te darás el gustazo de salir a es-

cena. Y si no sirves... la experiencia también vale lo suyo.

Así hablaron los amigos de James. El se encogió de hombros. En realidad, no era ya la escena lo que le importaba para seguir viviendo. Lo que le importaba, al precio que fuese, era no separarse de Margaret. No sabemos si realizó aquel supremo esfuerzo sobre su timidez genuina por la fuerza de este amor, o porque, en realidad, el subconsciente le dijo que aquel papel, casi insignificante, era el punto de partida del descubrimiento de su personalidad, de su camino hacia la meta soñada. No era un papel de lucimiento y, por lo tanto, no hubo ocasión a esa «revelación fulminante» de un artista, de la que tanto se ha abusado. Pero el joven Stewart salió del paso airoso y después del pequeño papel, obtuvo otro y otro.

Su aprendizaje sobre las tablas duró unos tres años aproximadamente. Al cabo de ellos y gracias a su excelente interpretación en la obra «Goodbye again» (Otra vez adiós), formando parte de las huestes de la compañía *Falmputh Players*, James se consagró definitivamente como actor profesional, de éxito siempre progresivo. Pese a todas las timideces, su natural inteligencia se impuso. Y muy pronto, casi sin darse cuenta de cómo ocurría, se encontró dirigiendo un pequeño teatro de Boston. Sus sueños se realizaban. Durante algunos años trabajó incansablemente, centrándolo toda su vida y todo su ardor juvenil en el teatro. No había podido olvidar a Margaret y aun cuando no desdefiase acompañar a alguna linda muchacha a cenar o a bailar, en realidad, seguía fiel a aquel su primer y único amor. Era un amor

que sólo le proporcionaba sufrimientos y torturas. Margaret no era libre y James supo, desde el primer instante, que no había esperanza alguna para él. Pero no podía sustraerse al embrujo que emanaba de aquella mujercita algo mayor que él, de rostro dulce y melancólico, que jamás supo de aquel gran amor que había inspirado. Pues, leal y honrado en toda su integridad, James no dejó escapar de sus labios ni una sola palabra que pudiera delatarle u ofender a su amada. Una sincera amistad les unía desde los días ya lejanos en que se conocieran en la costa, durante sus vacaciones. Y para Jimmy fue un gran consuelo esta amistad. Y una gran ayuda también. Pues gracias a Margaret, logró la meta soñada de todo actor: trabajar en Broadway. Margaret, actriz ya consagrada, tenía amistades influyentes en el mundo teatral y no le costó trabajo conseguir un contrato ventajoso para su amigo en uno de los más concurridos teatros de Broadway.

—Pero, Margaret... ¿no crees que eso será demasiado para mí? —repuso Jimmy, con su proverbial timidez, el día que la muchacha le dio la noticia.

—¡Por favor, Jimmy! ¿Cuándo vas a dejar de lado esa modestia absurda que preside todos los actos de tu vida? Así no irás a ninguna parte... Tienes que tener confianza en ti mismo... ¡Vamos, vamos, no te preocupes, que todo saldrá bien! Aquí tienes la dirección a donde debes dirigirte apenas llegues a Nueva York. Estoy segura de que triunfarás. Adiós... y buena suerte —añadió la muchacha, dándole un suave beso en la mejilla.

* * *

Alto y muy delgado, con su eterno traje de *tweed*, mascando incansablemente su «chewing gum», Jimmy cruzaba a grandes zancadas las populosas arterias de Nueva York, con sus rascacielos alzándose al cielo. No conocía a nadie en la populosa ciudad ni nadie le conocía a él... todavía. Así, por lo menos, lo suponía. Lo primero que hizo fue dirigirse a Broadway para ver de cerca el lugar donde muy pronto se decidiría su suerte. Era de noche; la calle resplandecía de luces y letreros multicolores. Por unos instantes, Jimmy se sintió desconcertado. ¡Aquello era mucho más impresionante que cuanto había soñado! ¿Lograría él ver algún día su nombre destacando como aquellos, en la gran arteria luminosa? Paseó de una acera a otra observándolo todo, saturándose de aquella animación y aquel bullicio. De pronto, al pasar frente al teatro Roxy, se detuvo gratamente sorprendido: ante él, en grandes caracteres aparecía el nombre de su amigo Henry Fonda, encabezando el reparto de una obra que celebraba ya su segundo centenario en cartel.

—¡Caramba, esto sí que es suerte! —se dijo—. ¡Llegar a Nueva York y encontrarme al querido Henry trabajando aquí!

No lo pensó un instante. Rápidamente se dirigió a la taquilla, tomó una localidad y penetró en la sala. La obra estaba ya mediada el segundo acto, pero James tuvo aún tiempo de poder aplaudir a su amigo en la escena cumbre. Lo hizo tan ruidosamente que mucha gente se volvió a mi-

rarle, sorprendida. Aquella noche los dos amigos recorrieron juntos, de punta a punta, todo Broadway. Henry era un *cicerone* excelente y James adquirió aquella noche, gracias a los consejos de su amigo, un poco de aquella seguridad en sí mismo que tanta falta le hacía.

Su debut en Broadway fue un éxito. Su forma ingenua de actuar, su aspecto de niño grande, un poco bobalicón y, sobre todo, su absoluta sinceridad, le valieron el favor del público y de la crítica. Se dijo que, al fin, había surgido en la escena un tipo de galán nuevo, genuino representante del norteamericano medio, y se saludó su actuación con grandes elogios. Su sueño de ver su nombre resplandeciendo en la fachada de los teatros de Broadway fue pronto una realidad, una hermosa realidad a la que James apenas podía dar crédito. Y como era de suponer, un buen día llegó de Hollywood una tentadora oferta. Su revelación en las tablas no había pasado desapercibida para los busca talentos de la ciudad del cine, deseosos de captar para la pantalla cada nuevo valor que surgía. Jimmy terminó su temporada teatral en Broadway y se trasladó a Hollywood. El día que puso su firma al pie del contrato, se echó a reír:

—¿Qué dirá papá, ahora? Realmente, es gracioso lo que me está ocurriendo... ¡Yo... trabajando en el cine! Con mi metro noventa de estatura!

Su primera película fue *Murder Man*. El primer día que se contempló en la pantalla, Jimmy comentó con el director:

—¡Qué facha! ¿Se ha fijado usted? Soy pure pies y manos... y no sé qué hacerme ni con unos

ni con otras... Reconózcalo: nunca podré ser un buen actor de cine...

Sin embargo, muy poco tiempo después, en 1940, recibía el Oscar al mejor actor del año por su interpretación en la cinta «Historias de Fíldelfia», junto a Katherine Hepburn. El era el primer sorprendido de su propia fortuna. Una y otra vez, se dirigía a los locales de cine, tomaba en la taquilla su buena localidad, echándose el sombrero a los ojos para no ser reconocido, y se sentaba solo en las últimas filas, a contemplar su propia actuación.

No, no podía comprenderlo. Lo que veía en el blanco lienzo, no era más halagüeño para él que lo que viera antes en el espejo de su casa de Pasadena. Sin embargo, su rostro se dilataba a veces en una amplia sonrisa. Si no era un galán — al menos en su opinión — no podía negársele que era un buen cómico. Se reía consigo mismo, «ante su propia tontería», ante su evidente torpeza para enamorar, por ejemplo. ¿Sería verdad que lo que había en él era un payaso frustrado? No: porque a payaso tampoco llegaba. Y evocaba — ¿cómo no? — la figura señera de Charlot, el maestro de todos los cómicos que en el mundo de la pantalla han sido, el hombre que hace reír como un payaso y pensar como un filósofo.

También sonreía, a veces, embelesado, desde el incógnito de su bataca, pero no ante su propia figura, sino al contemplar la de su amor imposible, Margaret, la adorable y adorada, a quien nunca había dejado de querer. Parecíale en ocasiones que el «flechazo» que sintió por ella desde el primer momento que la vio, que la ardiente pasión

que más tarde había anidado en su alma, iban suavizándose derivando hacia un sentimiento más dulce, hacia un tierno compañerismo, semejante en muchos puntos a eso que los franceses llaman tan acertadamente «amistad amorosa». Sobre todo, desde que filmaron juntos, en 1938, «El ángel de la calle». Pero lo cierto era que James permanecía soltero.

No era que faltasen en su vida aventuras reales... o más o menos fantaseadas en las comedillas de Hollywood. Su amistad con Anita Colby, por ejemplo, linda muchacha especialista en cuestiones de belleza y maquilladora oficial de muchas estrellas, dio pábulo a las primeras murmuraciones a su llegada a Hollywood. Un soltero, y un soltero tan «apetecible» como Jimmy, era siempre en Hollywood motivo de revuelo. Anita era una mujer muy inteligente que, sin duda, suplía con su desparpajo y exquisita conversación la natural timidez de Jimmy. Mas, al parecer, la amistad de Anita y James no pasó de eso: de simple «conversación».

Algo más insistentes y quizá más verídicos, fueron los rumores en torno al sentimiento que podía unir a Olivia de Havilland y James. Se les vio mucho juntos; salían con frecuencia de noche y llegó a asegurarse que eran «novios oficiales». Pero no hubo boda. James nunca se decidía a dar el último paso. En una ocasión, como acompañara con más frecuencia de la prudente a la espectacular Rita Hayworth, los periodistas se lanzaron sobre él, a la caza del noticia. Pero James les recibió sonriendo enigmáticamente y encogiéndose de hombros. No dijo ni que sí, ni que no... Y en-

tonces la Prensa dijo que James en cuestión de mujeres era «como la viudita del Conde Laurel, que quiere casarse y no sabe con quién...» Otro periodista más atrevido, dijo que Jimmy no se casaba, simplemente, porque no acababa de encontrar «la horma de su zapato».

En cierta ocasión, como le atosigasen demasiado, Jimmy respondió:

—Francamente, no podría casarme con una muchacha que tuviese la cabeza vacía... Me gustan las mujeres inteligentes y atractivas... Aunque odio a las que se creen más listas de lo que son...

Pero, en realidad, lo que más odiaba James era esta intromisión constante en su vida íntima. Cuando las preguntas eran más indiscretas de lo conveniente, se quedaba mudo y adoptaba una expresión de aburrimiento mortal. Un día, un amigo le asaltó directamente con esta pregunta:

—Oye, Jimmy, ¿por qué no te casaste con Olivia?

El entonces, con cara burlona y candorosa, respondió:

—¿Qué pregunta! Pues... ¡porque no me lo ha pedido jamás!

El amigo rió mucho y añadió:

—A ti lo que te ocurre es, sencillamente, que piensas demasiado en aquello del famoso refrán: «El matrimonio y el baño tienen que ser de repente, porque al que lo piensa mucho le entra frío y no se mete.»

—Quizá tengas razón... Pero la verdad es que...

—Nada, nada, Jimmy, no seas tonto y ¡zambúlete de una vez! ¡Te advierto que el agua está deliciosa!

—No lo dudo. Pero, mira, he pensado que no me casaré hasta haber cumplido los cuarenta años. Creo que es entonces cuando un hombre empieza a vivir. ¿Para qué hacer desgraciada a una mujer con nuestros caprichos de juventud? Yo quiero ser un buen esposo, sueño con tener una mujer «para siempre», un hogar y unos hijos. Si no se lo cuentas a nadie, te confesaré que empiezo a aborrecer la soledad. Ser soltero no es una gloria precisamente, te lo aseguro. Tiene sus ventajas, desde luego, pero también un verdadero torrente de inconvenientes. Entre otros, el de no poder conservar tres meses seguidos la misma cocinera. Al hombre solo no le gusta someterse a horas fijas para comer... El solterón, además, tiene que aprender a remendarse los calcetines, a planchar, zurcir...

Evidentemente, al decir esto, Jimmy ironizaba, ya que este era uno de sus placeres favoritos. Tomar las cosas a broma es, tal vez, uno de los grandes recursos de los tímidos. Vivía solo, sí, pero tenía una bonita casa en Brentwood, en la que se encontraba tan a gusto que salía poquísimo; casi exclusivamente para ir a jugar al golf o montar en la avioneta, que por fin, se había comprado. Su afición infantil por el vuelo no se había extinguido, sino todo lo contrario. Ahora poseía su propio avión y eran muchas las veces que se lanzaba al espacio en busca de aislamiento. Quizá cambiase de cocinera con alguna frecuencia, pero Daisy, su vieja ama de llaves, le cuidaba como un rey. Su vida era más bien cómoda. Sin ninguna afición al lujo, no podía faltar sin embargo en su casa una gran chimenea y un sofá descomunal, donde poder arrellenarse cómodamente a

cualquier hora del día y echar una siestecita, pues Jimmy es un gran dormilón. Seguía practicando el acordeón y pasaba muchas horas junto al fuego descifrando crucigramas, otra de sus pasiones.

Pero la gran pasión de Jimmy —aparte de Margaret— era, desde luego, su trabajo. Ahora encauzado exclusivamente hacia el cine. Su trabajo: su grande y casi única pasión.

* * *

Como intérprete dramático o cómico, Jimmy se había convertido, sin duda, en un artista singular. No cabía comparación entre él y otros famosos astros de la pantalla, por cuanto, no es que fuera mejor ni peor, más ilustre ni más insignificante: era, simplemente, distinto. Su misma desmaña que tanto le hiciera sufrir al principio, le había servido para apartarse por completo del tipo *standard* de galán conquistador de beldades. Seguía poseyendo ese atractivo, ese *no sé qué*, mezcla de timidez e inteligencia instintiva con que penetraba hasta el fondo de la psicología de sus personajes. Estos no eran, ciertamente, muy varios: el talento natural de Jimmy le impedía aspirar a aquellas interpretaciones de tipos trágicos o arrogantes que suelen ser el sueño de todos los actores teatrales o cinematográficos. El suyo no: ni don Juan ni Otelo. Sólo ese pobre muchacho bondadoso y enamorado de la vida real unas veces, de las estrellas otras, pero siempre identificable con el empleadillo de la esquina o el chico que pasa vendiendo aspiradores del polvo y en el fondo del cual hay una íntima tragedia. Este era su tipo predilecto: el que

despertaba en el espectador la sonrisa —no la risa —y al mismo tiempo, excluía todo lo grotesco, para hacer resaltar tan sólo lo humano. ¿Un payaso frustrado, como un día creyó? Tal vez algo menos, pero también algo más: ese algo que, casi desde el comienzo, descubrió en él el gran director Frank Capra, cuando lo hizo su favorito y le confió papeles tan relevantes como los protagonistas de «¡Vive como quieras!», «¡Qué bello es vivir!», «Caballero sin espada», etc. A través de estos personajes, más que en su vida íntima, se revelaban en el alma de Jimmy los resortes íntimos de su espíritu. Algo que extrañaba grandemente a sus amigos era que con el éxito ininterrumpido de sus interpretaciones, no hiciera mayor número de películas. No era, sin embargo, como algunos decían, cuestión de suerte o de pereza. Era, por el contrario, una actitud deliberada. Amaba tan profundamente su arte que tendía siempre a no hacer sino las películas que le gustaban, a no aceptar papeles de los que no convenían a su figura física y su temperamento. Sobre todo, esto último.

Pues el temperamento de Jimmy no era tan simple como parecía. Todos cuantos le trataban íntimamente estaban de acuerdo en afirmar que era el amigo espléndido y «químicamente puro»; en cuanto a franqueza, «el norteamericano típico», sin exageración. Llamaba a las cosas por su nombre, no adoptaba jamás aires donjuanescos y odiaba ser confundido con los tipos de galán romántico de la pantalla. Su modestia era auténtica, su hablar lento, pero vivo su ingenio. La vida en Hollywood no le había cambiado en absoluto. Seguía siendo tan natural y sencillo como cuando

despachaba clavos tras el mostrador de la tienda de su padre en Pasadena. Tenía éxito entre las mujeres, quienes aseguraban que había algo contradictorio en la personalidad de James: unas veces blando como la cera y otras «más testarudo que una mula», como asegura Jean Arthur, una de sus mejores amigas. A pesar de su aire bonachón, más de una vez había despedido con cajas destempladas a las jovencitas que le asediaban para conseguir un autógrafo.

—Por favor, nada de autógrafos. Es algo que ha llegado a crisparme los nervios —decía, apenas vislumbraba a una niña con el temido librito en la mano. Y añadía, dirigiéndose a su representante—: Al principio, esto me halagaba; pero hoy me enfurece ver que una niña de catorce años es capaz de colarse en un hotel o de esperar toda la noche a la salida de un teatro, sólo para obtener la firma de un actor... ¡Es absurdo! Valdría más que se preocupara de su instrucción y de prepararse para ser una mujer útil, que dedicarse a perseguir imaginarios héroes.

Un día que se discutía en los Estudios el carácter extraño de Jimmy, una muchachita, que había salido con él alguna vez, salió airadamente en su defensa:

—Jimmy no es raro, ni aburrido, como aseguráis... Claro que ¡vosotros qué sabéis! Si la muchacha que acompaña a Jimmy es lo bastante lista para hacer vibrar el «sentido del humor» que Stewart posee en abundancia, se quedará asombrada viéndole transformarse como por encanto en el más divertido de los hombres... ¡Ay, a mí me parece realmente encantador!

Pero la verdadera personalidad de Jimmy debía revelarse durante la última guerra. Fue uno de los primeros astros que se alistaron voluntariamente en el ejército. Como todo en él, el acto no pudo ser más simple ni más tímido. En 1942, se enroló como simple soldado en la Aviación norteamericana. Durante mucho tiempo, nadie supo en el mundo del cine nada acerca de él. ¿Qué importaba en aquellos momentos al astro donde estaba el hombre? Jimmy era ahora simplemente lo que tenía que ser: un soldado.

Lejos del mundo de la pantalla, sin embargo, la personalidad de aquel «pobre chico», su personaje básico, tomaba relieve inesperado. En el ataque japonés a Pearl Harbour, James era todavía soldado raso. Sucesivamente, fue ascendido a suboficial y a teniente. En julio de 1943 le graduaban capitán. Mandó una escuadrilla de bombarderos sobre Alemania y ascendió a Mayor, esto es, a comandante. Su hoja de servicios no podía ser más brillante. Antes de regresar a Hollywood, al cabo de cinco años de ausencia, el tímido Jimmy se había transformado en el coronel James Maitland Stewart. Había ganado sus alas, comisiones y ascensos sucesivos, había sido condecorado con la Cruz de Guerra, con la Cruz de Servicios Aéreos Distinguidos y con la «Oak Leaf Cluster». Pocos meses después, estuvo a punto de que el Presidente Truman le nombrase gobernador de un Estado de la Confederación americana y, en fin, durante ese lustro en que su nombre no apareció en las reseñas de las revistas cinematográficas, ni se estampó en los álbumes de las jovencitas, había sido nombrado y felicitado tantas veces como para

llenar por lo menos las páginas de un largo contrato cinematográfico. Al terminar, mandaba el Segundo Grupo de Bombardeo y combate de la Octava Fuerza Aérea, con lo cual le correspondía normalmente el grado equivalente a nuestro general de brigada.

* * *

¿Se habían olvidado, en tanto, en Hollywood del tímido James? Ciertamente no. Próximo su regreso, sus amistades, conociendo ya los datos de su espléndida carrera militar, hablaron largamente acerca de cuanto habría cambiado el francote y llano Stewart. Si el éxito artístico no se le había subido a la cabeza, no cabía duda de que no habría podido resistir la gloria militar sin envanecerse. Motivos no faltaban para que ahora fuese como tantos otros, un engreído que mirase a la gente por encima del hombro... y no precisamente a causa de su estatura.

—En todo caso —comentaban—, lo que es evidente es que la carrera artística de Jimmy habrá terminado para siempre. Cinco años ausente de Hollywood es mucho tiempo. Además, ahora desdenará ser un actor de cine o no se conformará con los papeles que por su tipo y temperamento se le asignen. Seguro que querrá a toda costa representar papeles de héroe: Alejandro Magno o cosa por el estilo... Y, desde luego, estaréis conmigo en que ese tipo de papeles no le van al pobre Jimmy, por muy héroe que sea en la realidad... —concluían entre burlones y desdenosos los antiguos amigos.

Pero la llegada de Jimmy a Hollywood bastó para dispersar inmediatamente todos los temores.

—Mi querido coronel... —inició uno de sus conocidos, en el momento de la bienvenida...

—¡Vamos, vamos, chico! ¿A quién te diriges? Si siempre me llamaste Jimmy, ¿a qué viene ahora eso? —respondió el muchacho, dejando a todos con la boca abierta.

Y se veía que se enojaba en serio con quienes pretendían que relatase sus hazañas guerreras en todo enfático o solemne. Al principio, esto desorientó un poco. Se habían hecho a la idea de que iban a encontrar a un Jimmy completamente distinto del de antes; pero luego, todo el mundo estuvo de acuerdo en que era mucho más agradable que Jimmy siguiera siendo para todos ellos, simplemente, Jimmy.

Jimmy tenía prisa por volver a ponerse su atuendo civil. Y tanta prisa se dio, que lo vistió oliendo todavía a naftalina. Pero, ¿qué le importaba eso a Jimmy en aquel momento? Su casa de Brentwood la encontró casi exactamente como la había dejado. Esto fue una gran alegría para él... aunque se sentía más solo que nunca. El retrato de Margaret, colocado sobre la chimenea, seguía presidiéndolo todo. James lo miró largamente y luego, con aire decidido, tomó el retrato y lo guardó en un cajón.

En aquellos primeros días llovieron sobre él verdaderos torrentes de invitaciones a fiestas de bienvenida, reuniones y «partys» de todo género. Pero la verdad es que Jimmy tenía, sobre todo, ganas de estar tranquilo y se excusó como pudo de toda clase de honores y homenajes. Como todos aque-

llos que vivieron intensamente la guerra, trataba de olvidarse de ella lo más rápidamente posible, del mismo modo que mientras fue soldado, consiguió relegar por completo al olvido su personalidad de actor. En aquellos momentos trágicos, sólo deseaba recobrar su antigua personalidad, «meterse en su propia piel», como solía decir a sus compañeros.

De todos modos, la reincorporación de James a sus antiguas actividades no dejó de preocupar a muchas gentes. Entre ellas a los directivos de la Metro. Esta gran productora era la que había realizado las últimas y más sensacionales producciones de Jimmy. Ahora Stewart se negó a firmar contrato con ella... y con ninguna otra. Decidió mantenerse libre para poder seleccionar mejor su trabajo. Se habló entonces de que James se dedicaría a productor. Pero el astro desmintió tales rumores rotundamente:

—Soy actor y nada más que actor. Después de estar diez años aprendiendo mi profesión, sería bien tonto si buscara otra. Actuar es lo que sé hacer mejor.

Y tan bien lo supo hacer después de aquellos cinco años de ausencia de las pantallas, que ofreció al mundo entero aquella filigrana de naturalidad y encanto que se tituló «¡Qué bello es vivir!», dirigida por el gran Frank Capra y al lado de la bella Donna Reed.

Realmente, Jimmy tenía, en este aspecto, singular fortuna. Sus «partenaires» eran siempre be-

llosas mujeres. También corrieron en esta ocasión por Hollywood las consabidas murmuraciones, tanto más cuanto que ahora Jimmy declaraba a cuantos quisieran oírle, que se había cansado de su existencia de soltero.

Esta declaración hizo latir el corazón de más de una estrella de Hollywood, ya que Jimmy seguía siendo el soltero más «apetecible» de la ciudad del cine. La primera noticia cierta acerca de una posible claudicación del empedernido solterón, la dio precisamente su amigo Henry.

—¿A qué no adivináis a quien he visto esta tarde? —dijo un día al llegar a los Estudios—. Pues nada menos que a nuestro Jimmy en compañía de una dama... y dos chiquillos... comprando juguetes en una tienda de Beverly Hills...

La noticia cayó como una bomba. Muchos no quisieron creer lo que aseguraba Henry. Sin embargo él supo dar noticias concretas. La dama se llamaba Gloria Hatrick McLean; se había divorciado recientemente y tenía dos hijos de su matrimonio. Se habían conocido en una fiesta en casa de Clark Gable y al parecer el flechazo había sido mutuo.

Esta vez, James no negó la seriedad de su noviazgo. Por primera vez, se exhibió gustoso al lado de una mujer, declarándose enamorado de ella y dispuesto a hacerla su esposa.

—Eres maravillosa, querida —le dijo el día en que ella accedió a ser su esposa—. Y ha sido providencial el encontrarnos en esta hora los dos libres. Te amo, sobre todo, porque eres la antítesis de cuantas mujeres he tratado hasta hoy...

Mucho se habló y se comentó en Hollywood

durante los días que precedieron a la boda. ¡Por fin se casaba Jimmy Stewart! ¿Cómo se las habría arreglado la joven divorciada para conquistarle de modo tan fulminante? Algunas desechadas aseguraron que no se trataría sino de un nuevo devaneo. Pero lo cierto fue que hubo bendiciones y marcha nupcial. La boda fue solemne. Asistió por lo menos medio Hollywood y el otro medio curioso, murmuró... y, por fin, aprobó, elogió. Realmente, no podía darse pareja más perfecta que la que formaban Jimmy y Gloria. Incluso empezó a observarse que Jimmy iba perdiendo, poco a poco, su «tic» característico: ya no se rascaba la oreja izquierda con la mano derecha. La verdad era que tenía ahora las manos muy ocupadas, dándolas por la calle a los dos preciosos chiquillos de su esposa, a quienes realmente adoraba.

Y que no tardaron en recibir gozosamente en el nuevo hogar a otros hermanitos. Dos niñas gemelas cuya llegada a este mundo convirtió a Jimmy en el hombre más feliz de la tierra.

Ronald, Michel, Judy y Kelly. ¡Toda una familia! Entre ella, Jimmy era como un niño grande de piernas largas y cabellos plateados. Este hombre que parecía haber olvidado que fue un héroe en la guerra, que pilotó un avión y tomó parte en peligrosas hazañas, que nunca hablaba de sí mismo, no se cansaba ahora de hablar de sus hijos.

—Las mellizas son encantadoras —declaró en cierta ocasión a un periodista—. Ya se acercan a los tres años. Cosa curiosa, son absolutamente distintas. Judy no se parece en nada a Kelly. Hasta de carácter resultan diferentes.

—¿Y cuál es la más mimada? —preguntó, indiscreto, el periodista.

Jimmy frunció las cejas y tardó un instante en responder:

—Francamente no lo sé... ¿Mimada? Creo que mis cuatro hijos están bastante mimados... A los cuatro los quiero por igual. Todos tienen sus puntos buenos... y sus horas difíciles. Los chiquillos ya se sabe... Y los padres... somos más ingenuos que ellos cuando les queremos de verdad.

Sencillez, naturalidad... Esta seguía siendo la clave del carácter de Jimmy, el joven insignificante que encarnó en la pantalla al «hombre de la calle americano»; el muchacho tímido y vulgar que se creía desprovisto de todo atractivo, pero a quien las gentes encontraban un «no sé qué» que le ayudó a triunfar en la vida. Después de su feliz matrimonio, Jimmy ofreció al mundo interpretaciones tan magníficas como las de «Música y lágrimas», «El mayor espectáculo del mundo», «No hay caminos en el cielo», «Winchester 73», «Yo creo en ti», «Harvey» y «Retorna el corazón». Los bondadosos personajes que encarnaba en todas sus películas, tan identificados, no sólo con su labor de artista sino con su propia manera de ser, han hecho reír y llorar a miles de espectadores, despertando en ellos ese sentimiento de gratitud hacia los seres y las cosas, que aun en el momento que nos parece más amargo nos lleva a exclamar, como el personaje tan exquisitamente interpretado por Jimmy: «¡Qué bello es vivir!».

Así es

JAMES STEWART

Se hallaba con un grupo de amigos, en plena discusión sobre las virtudes y defectos de hombres y mujeres. James exclamó:

—Creo que en una cosa estaremos todos de acuerdo. A las mujeres y a los hombres les une un sentimiento común: ambos desconfían de las mujeres.

Durante un viaje en avión, James Stewart entabló conversación con el pasajero que iba sentado a su lado. Este le contó que había sido paracaidista durante la guerra, tomando parte en varias acciones arriesgadas. Pero al llegar al punto de destino, James observó que su compañero se ponía cada vez más nervioso, echando miradas de terror al campo de aterrizaje que se divisaba abajo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó—. No irá a tener miedo después de lo que hizo en la guerra...

—Verá usted —repuso el paracaidista con voz temblorosa—, ¡es la primera vez que aterrizo con el avión!



Montaña



NOVELA



AUDREY HEPBURN.—Una heroína infantil en la Segunda Guerra Mundial. Hija de la baronesa Van Hemstra, comienza su carrera artística en las filas de muchachas de conjunto en un teatro de revistas. La escritora Colette la elige personalmente como protagonista de su obra «Gigi», y poco después, trabajando en un teatro de Nueva York, conoce a Mel Ferrer, el actor que había de convertirse en su esposo.



án a la venta!

JOAN CRAWFORD.—Lucha contra la miseria y la adversidad en su juventud, fregando platos y sirviendo mesas. Cuando consigue alcanzar un primer puesto en el cine, se ve amenazada por el escándalo de un pasado en los escenarios de «burlesque». Douglas Fairbanks, Franchot Tone, y Philip Terry, representan para ella tres matrimonios sin éxito.



KIRK DOUGLAS.—Un hombre duro que ha tenido que abrirse paso a puñetazos. Trabajando como camarero y boxeador pagó sus estudios en la Universidad y en la escuela de arte dramático. Diana Dill, la compañera de juventud con la que contrajo matrimonio, no consiguió hacerle feliz. Kirk es el prototipo de hombre tenaz y luchador incansable.

TITULOS EN PRENSA



JOSEPH COTTEN

Hijo de un oficial de correos, sintió muy pronto el ansia de ser actor. El camino era difícil y lleno de obstáculos, por lo que, aun en contra de su voluntad, tuvo que convertirse en fracasado comerciante y en agente de publicidad. Poco a poco, fue introduciéndose en el mundo de la escena, escalando incansablemente el encumbrado lugar que ahora ocupa. Es un hombre feliz al lado de Leonore Kip, su primera y única esposa.

LORETTA YOUNG

Esta encantadora estrella que vemos todavía en papeles de muchacha, es nada menos que «la actriz veterana más joven» de Hollywood. A pesar de que continúa siendo una chica encantadora, comenzó a trabajar para la pantalla en los ya lejanos tiempos del cine mudo. Su vida es una larga experiencia cinematográfica, con un divorcio en su juventud y un segundo matrimonio que será probablemente el definitivo.



GLENN FORD

El gran actor que se reveló en la película «Gilda». Como consecuencia de su magnífica labor en este papel, obtuvo un contrato para interpretar exclusivamente «tipos duros». Después de su matrimonio con la actriz Eleonor Powell, ella ha abandonado su trabajo ante las cámaras y su personalidad artística para convertirse, simplemente, en la señora Ford.



LANA TURNER

La estrella eternamente enamorada, tuvo una infancia pobre y difícil, agravada por la tragedia del asesinato de su padre. Su original e inesperado descubrimiento para el cine y el escándalo originado por su «swetter», le dan fama y riqueza, pero ella ha buscado siempre la felicidad a través del amor, casándose cinco veces —dos de ellas con el mismo hombre—, y pasando por breves idilios con astros tan relevantes como Tyrone Power y Fernando Lamas.

